

A t e n e a

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año IX Noviembre-Diciembre de 1932 Núms. 93-94

Baldomero Sanin Cano

LA AMERICA HISPANA (1)

VISTA POR WALDO FRANK.

TIENE aspecto muy distinto el libro de Waldo Frank. Keyserling se mira pensar. Por momentos no sólo se mira sino que se admira de pensar tan bien y tan acertadamente. El conde es filosóficamente y del punto de vista estético un egocéntrico. El mundo gira a su rededor con una velocidad que él le impone según la tensión arterial y la temperatura. Su yo interviene con tal despótica actitud algunas veces que tanto el paisaje real como el de sentimiento quedan ocultos

(1) Consideramos de interés reproducir de un periódico colombiano este fragmento magistral de Baldomero Sanin Cano dedicado a comentar los libros de Keyserling y Waldo Frank sobre sus viajes por el continente Sur: *Meditaciones Sud-Americanas y América-Hispuna*, respectivamente. La dura dictadura del Control de Cambios, ha impedido a nuestros librerios traer estos libros y su conocimiento apenas está circunscrito a unos pocos afortunados que han logrado obtenerlos directamente de las librerías extranjeras. La parte del comentario de Sanin Cano, referente al libro de Frank, abre una ancha perspectiva para comprender la posición del escritor norteamericano respecto de nuestro continente. Se dan en este fragmento del largo ensayo, las virtudes ya reconocidas del célebre ensayista colombiano: universalidad de conocimientos, profundo sentido de la cultura y una vigorosa juventud mental que le permite recorrer todos los climas espirituales con vigor siempre mozo.—(N. de la D.).

a medias por la personalidad sólida y protuberante del artista. En ocasiones para entenderlo mejor conviene hacer una composición de lugar y apartarse un poco a la manera como inclinamos el cuello a un lado para ver la pantalla del cine, ocultada involuntariamente por las robustas y erguidas espaldas o el peinado fastuoso de alguna señora en la fila siguiente. El paisaje en Keyserling no es materia principal, apenas un incidente. Su más absorbente preocupación es analizar sus propias sensaciones en presencia del paisaje o de otros individuos. En alguna parte afirma que «la sensación existe por sí misma y su existencia no presupone un sujeto que haga la experiencia y le sirva de centro». Lo cual puede ser cierto, pero resulta inde-mostrable como el postulado de las paralelas.

Frank ha sido movido por una viva simpatía para con la América del Sur y un deseo incoercible de comprender nuestra actual situación y nuestras relaciones con el resto del mundo. Con tal actitud espiritual su comprensión ha hallado muchas puertas abiertas y la metafísica no le ha cerrado el horizonte para completar el paisaje. Tiene sus teorías, desde luego, como aquella que hace coincidir con la vida de la roca la historia y la psicología del habitante precolombino de los Andes, o como la otra en que sostiene que el curso de los ríos está enseñando que la suerte y el porvenir de la América española y lusitana miran hacia el oriente. Tiene otras muchas, algunas de ellas muy plausibles, todas respetables.

La parte ibérica del continente, según Frank, tiene su destino en el Atlántico. Nos lo enseñan los ríos en su curso, las cordilleras que levantan sus cumbres tan cerca del Pacífico ilimitado y dejan apenas una cinta, una cornisa para mirar hacia el Occidente. De Europa recibimos la cultura que debemos transmitir acrecida y marcada con el sello de nuestra raza y nuestras aspiraciones. He aquí una bella página para po-

ner en evidencia este pensamiento. «Para comprender la Argentina importa tener presente que se mueve hacia el Atlántico. Al nordeste arranca del verano del Brasil. Del noroeste se mueve dejando atrás el invierno de los Andes. Al oeste arranca de la eterna primavera chilena, porque debajo de los glaciares de los Andes más conspicuos se extienden las praderas succulentas y siempre verdes como las de Francia. Y del sur se mueve desde el Antártico desconocido. En sus comienzos la Argentina tuvo su base política en el Pacífico peruano, pero de ahí, aspirando a España, se movía hacia el Atlántico. Al llegar la república puso sus anhelos en Inglaterra y Francia. Argentina lleva todos sus manantiales al río de la Plata para fundir con el Atlántico todo un continente. Y todas las costas del Atlántico... Europa, América del Norte, Africa, España vienen por entre el río de la Plata a la Pampa. En el centro de ese abrazo del trópico, los Andes, la Pampa, Africa y Europa está Buenos Aires».

El paisaje desempeña en «América Hispana» un papel más importante que en las «Meditaciones» de Keyserling. Todo el prestigio secular de las cordilleras y de las llanuras ilimitadas aparece en estas páginas de un pensador y de un artista que se unen en un solo empeño y se complementan a la mil maravillas. Pero el paisaje vive porque delata con sus innumerables tonos y líneas llenas de emoción las alternativas de una raza, de un pueblo que no se ha adecuado todavía al lugar que le han señalado la historia y la naturaleza. «El porteño dice Frank, con una frase estricta y reveladora, es el hombre de una raza no formada aún», de una raza que no ha nacido. «La fertilidad y la promesa que hacen de la porteña un ser real, a él lo hacen irreal», observación atinada y originalísima, de la cual se llega fácilmente y no sin buenas razones a la causa de la superioridad innegable de la mujer sobre el hombre en algunas comarcas de la América Hispana. Esta supe-

rioridad no es de origen hispánico. Voluntariamente o por razones históricas la mujer aceptó sin protestas en España durante siglos una situación de inferioridad que el varón se esfuerza por rectificar en estos momentos cargados de consecuencias tremendas. Dejó el árabe en la Península ese concepto de inferioridad en las relaciones del varón con la hembra. A algunas comarcas trajeron el conquistador y el funcionario de la colonia este sentimiento, pero allí donde la mujer hubo de tomar parte activa en la conquista como en el Plata, o desde los primeros días de la educación colonial como en Lima o en Bogotá la mujer se adelantó al hombre en la comprensión de las realidades vitales y más urgentes. Ella se adaptó al medio con más facilidad y con mayor rapidez que el hombre del cual puede decirse que en sus principios trataba más bien de dominar la naturaleza, de corregirla que de comprenderla y adecuarse a sus imposiciones. La mujer no trajo misión de conquista sino de acomodamiento al suelo. Desechando la idea de pugna entendió mejor los deberes de huésped nueva, se adaptó al ambiente con más rapidez que el hombre, cuyas ocupaciones y pugnacidad le hicieron desentenderse un tanto de las necesidades del espíritu y de la tarea de comprender más bien que de modificar a las gentes y a la naturaleza, con las cuales tenía que habérselas. De esta manera la mujer adquirió socialmente la superioridad sobre el varón que es todavía conspicua en muchas capitales de América. Sin ella la colonización habría sido simplemente una obra de exterminio. Sin ella los hombres habrían tenido que esperar acaso otro medio siglo para realizar la obra de la independencia.

Fué para América desventurado el momento en que vinieron a visitarla Keyserling y Waldo Frank. Pasaba este continente por un momento desgraciado de su historia, sufriendo el contagio de la fiebre perniciosa europea de 1914 a 1918 y los primeros sínto-

mas de una crisis fatal de la civilización y de la conciencia humana. Al tratar de ponerse en contacto con las grandes figuras del continente o se acercaban a Irigoyen o miraban de lejos a Augusto Leguía. A no ser por la capacidad reflexiva de los dos visitantes el espectáculo de la evolución política en el continente ha podido ser desconsolador en grado sumo. No es posible desentenderse de la política en una excursión intelectual por una comarca cualquiera, porque la política se compone de los fenómenos sociales más visibles y porque en ella intervienen en cada país las gentes que gastan menos escrúpulos para asaltar las posiciones y hacerse notorias. Además a la política no acuden en estos países las inteligencias primordiales, ni tampoco los hombres de quienes pudiera decirse que representan el tipo medio de la raza a que pertenecen. Por lo común la política llama en estos países a los ambiciosos vulgares que se sienten inferiores para medirse con los demás en el conflicto ordinario de los intereses y las aspiraciones. Alrededor de estas gentes giran en greyes la simulación, los apetitos inferiores de la especie disfrazados con palabras de vago sentido. Por momentos surgen hombres de valer aun en comarcas poco favorecidas por la naturaleza con este género de vegetaciones, pero hace algunos años la América del Sur y las repúblicas latinas colocadas al Norte del continente pasan de manos inicuas a manos inicuas e ineptas. Durante estas horas de terrible prueba vinieron al continente del Sur los dos experimentados disectores del alma humana. Hemos tenido mala suerte, pero la perspicacia del uno y la simpatía inagotable del otro nos han salvado. Irigoyen y Leguía no representan en estos libros el tipo del hombre americano.

Nuestro porvenir le inspira al noble balta párrafos de estética suntuosa sobre nuestra capacidad emotiva para salvar la civilización por medio de la belleza.

Frank reconoce el peligro inmediato y no sin hacer la historia de Panamá y señalar episodios de la vida continental en México, las Antillas y la América Central formula sus consejos que, atendidos, acaso previnieran una dolorosa sujeción futura de la América Hispana a poderes extraños. Frank mira al futuro con recelos fundados. El remedio es para él la creación de grandes federaciones homogéneas al sur del Río Grande del Norte. Los estadistas americanos del Sur habían pensado en la Gran Colombia primero y en los cinco países bolivarianos más tarde.

Por razones de analogía de intereses y de razas el autor de América Hispana reconstituye la geografía política y comercial del continente en una forma inesperada, pero tal vez no exenta de porvenir y de fundamentos. Para él, México, Haití, Santo Domingo, Cuba, Panamá, las cinco repúblicas de Centro América Colombia y Venezuela «tienen mucho en común.» «Son la frontera, dice, entre los Estados Unidos saxo-americanos y la América Hispana». Con estos países se formaría la federación del Caribe o del Mar Central como lo llama el proponente. La federación de los Andes quedaría compuesta del Ecuador, Perú y Bolivia. Los Estados Unidos de la América austral serían la federación grandiosa de la Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay, veinte millones de habitantes, en una extensión territorial favorecida por todos los climas, bañada por ambos océanos y por una red fluvial sin comparación en el resto del mundo.

La reorganización del mundo americano distribuyendo las soberanías en esta forma abonada por la raza y por los climas parecía indicada para resolver o eliminar grandes problemas en esta parte del mundo. Mas, como se dijo al principio de este escrito, el aspecto del mundo cambia de la hora en que se corrigen las pruebas de un libro a la hora en que el editor lo pone en manos del público. La crisis económica de

1929 ha templado las ambiciones de Washington. El problema de Manchuria le ha hecho volver al gran poder saxoamericano del continente sus miradas a otra parte del mundo. El exceso de producción «costosa», con su cortejo oneroso de intermediarios falseó todos los principios en que se basaban la organización y la técnica saxoamericanas. De un día para otro, en ese país próspero y deforme, cada ciudadano vino a quedar en bancarrota. La nación temida en las cinco partes del mundo consiente a regañadientes en la sumisión de la nueva república manchú a la ambición japonesa claramente manifestada en las declaraciones de Tokio. La guerra de tarifas declarada por los legisladores de Washington a toda la industria del mundo, la fracasada empresa del prohibicionismo y la insistencia en no formar parte de la Sociedad de las Naciones hacen pensar a las naciones europeas si no sería mejor aceptar este desafío de la Unión saxoamericana y dejarla sola, entregada a sí misma como parecen desearlo algunos de sus directores más prominentes. «No es justo», dicen algunos estadistas europeos, que la gran república del norte quiera aprovechar de todas las ventajas que le ofrecen sus relaciones con nosotros y al mismo tiempo trate de aislarse en absoluto para que nosotros no podamos sacar ventajas de nuestra comunicación con ella. Este sentimiento crece de día en día entre los gobiernos y los pueblos de Europa. La América Hispana no puede permanecer indiferente en esta lucha de sentimientos y de intereses, si llega a presentarse. El futuro dirá si estos pueblos resuelven entrar a formar con el grupo europeo o con la masa aislada saxoamericana. Habría una lucha tremenda entre los sentimientos y el interés inmediato. Los pueblos de la federación Caribe tienen lazos comerciales estrechos y abundantes con la patria de Washington, pero sus sentimientos se inclinan hacia Europa. La cultura que han recibido no procede de New York o

Chicago, sino de Londres, de París, de Italia, de España, un poco de Alemania sin duda y menos, literariamente, de los países escandinavos. Las relaciones comerciales del Perú, de Bolivia y del Ecuador con los saxoamericanos son menos significativas que las de la confederación Caribe, pero tienen grande influencia sobre la vida en general de tales países. La federación austral por su comercio, sus sentimientos, la calidad de los inmigrantes con que se ha aumentado y se aumenta día por día su población tiende hacia Europa naturalmente y por razones de estudio y de conveniencia.

Los Estados Unidos saxoamericanos desarrollaron una cultura de base europea en los últimos cincuenta años, dándole un carácter autóctono de gran relieve, pero ni esa cultura es de índole comunicante, ni aquella nación ha hecho esfuerzo alguno por difundirse culturalmente en el resto del continente. De un modo sentimental la América Hispana no podría aislarse de Europa. Con ella la ligan la literatura, el arte, las tradiciones, la manera de entender los principios de la democracia.

La quiebra de la civilización actual que apenas comienza y de que no pueden darse cuenta las mentes virginales extrañas a la contemplación del panorama histórico y de la vida internacional presente va a plantear para los iberoamericanos ese problema inquietante. ¿Somos europeos o somos americanos escueta y decididamente? La solución envuelve conflictos de intereses y seguramente dolorosos conflictos de sentimientos y de cultura.

El Atlántico nos une, sin duda; pero podría sostenerse también que nos separa o que en un siglo de cultura esas aguas indiferentes que el tiempo encoge cada vez más nos acercan más a Europa sin aumentar entre nosotros la facilidad de las comunicaciones. La civilización tiene rutas trazadas históricamente. Cuando

esas rutas se cierran o se obstruyen la civilización suspende su curso. ¿Es éste el fenómeno actual en América y en el orbe todo?

El libro de Frank, lleno de pensamientos y de miras originales sobre las relaciones entre la civilización general del planeta y la vida de estas comarcas, es más interesante por las revelaciones que hace entre líneas sobre el carácter y el alma de autor. A un fondo inviolable de sinceridad se une en este feliz sujeto moral un dón de simpatía que se difunde como una atmósfera benigna alrededor de los objetos sometidos a su perspicaz observación. Su yo generoso y ubicuo aparece a cada momento no para llenar el paisaje material y moral como en el caso de Keyserling, sino para servir de punto de partida y de feliz orientación. Su estilo tiene combinadas en proporciones amables la gracia, la profundidad, la precisión y la fuerza. A veces parece obscuro porque la cantidad de pensamiento apenas cabe en la fórmula verbal. Meditar sobre sus páginas es un placer fructífero, porque en esa doble absorción el espíritu descubre nuevos horizontes y más succulenta doctrina. Su espíritu y sus libros crean lazos nuevos entre dos categorías de pueblos antes separados por largas costas intermedias del Atlántico, por la lengua, las tradiciones y la raza; por ofensas gratuitas de un solo lado y sobre todo por modos casi opuestos de apreciar la vida y de interpretar el destino del hombre en el universo.

De la generosa y perspicua análisis de Frank tampoco surge distinto y claramente determinado el tipo de hombre hispano-americano con caracteres que le diferencien nítidamente del europeo. Es mejor que tal haya sido el resultado de estas sesudas y minuciosas investigaciones. El género humano sufre de que los

hombres, los pueblos, para tomar su puesto en la obra general de la cultura, parten del principio ya derogado de sus diferencias esenciales, cuando la historia, el arte, la huella dejada por los idiomas en el desarrollo del espíritu están probando la unidad de la especie. El gran mérito de las obras aquí examinadas sería para el filósofo desinteresado la claridad con que muestran cómo el hombre sudamericano, como raza fundamentalmente distinta del europeo, no tiene existencia ni en lo material ni siquiera en lo especulativo.